

# Gregorio Selser

Sergio Bagú

Una obra vasta y una recia personalidad definen a Gregorio Selser. Era un hombre honesto con todos y consigo mismo. Su pluma era un arma de combate, pero sólo la utilizó para defender causas justas y explicar episodios y procesos. Su capacidad para penetrar el fenómeno político sólo es equiparable a su vasta erudición. Por su preferencia respecto de lo contemporáneo era periodista; por su capacidad para reconstruir procesos del pasado y vincularlos con el presente era historiador. Ambas orientaciones servían a una pasión por la justicia que, más que respuesta emotiva, era una profesión de fe. Defendió sólo causas de las que estaba profundamente convencido y en el continente latinoamericano encontró, por supuesto, muchas injusticias que denunciar, muchas heroicidades que descubrir. Daba la impresión de que no medía los riesgos que podía depararle su pluma, pero la verdad era que medir riesgos nunca se concilió con su personalidad.

Cuando adolescente, su proximidad intelectual fue la de Alfredo L. Palacios, quien en más de un sentido contribuyó a su formación y su convicción. Abogado gratuito para cuanto desamparado o torturado aparecía, Palacios había sido el primer diputado socialista del continente americano, muy a principios de siglo. Cuando Gregorio Selser lo conoció y llegó a ser su secretario privado, Palacios era una personalidad continental vastamente reconocida. A él se le debe la teoría del nuevo derecho, profesada desde su cátedra en la Universidad de Buenos Aires y una amplia legislación social y obrera en Argentina. Pero fue más. Era un estudioso incansable y un latinoamericanista de primera fila en su tiempo. Su biblioteca reunió una colección extraordinaria de

autores del subcontinente y hoy se ha transformado en biblioteca pública a cargo de la fundación que lleva su nombre en la ciudad de Buenos Aires.

Bajo ese auspicio formó Gregorio Selser su vocación latinoamericanista, así como su pasión por la justicia. Selser organizó también en Buenos Aires su propia, excepcional, biblioteca latinoamericana, que tuvo un destino similar a la de Palacios, porque la donó a la sede México de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

Selser transformó su erudición en un instrumento para la lucha por las ideas. Sus artículos eran, en rigor, ensayos escritos con estilo ágil y expresivo, basados en una amplia información, a menudo apabullante por la cantidad y precisión de los datos que manejaba. Sus libros fueron trabajos históricos con pulso contemporáneo, admirablemente articulados e irrefutables.

Detrás de ese conocimiento y esa precisión en el dato estaban una nutrida biblioteca y un notable archivo, todo lo cual contribuía a dar excepcional solidez a su argumentación.

Era un trabajador incansable. Sólo así se explica su extensa bibliografía, que incluye más de 30 volúmenes y una incalculable cantidad de artículos aparecidos en centenares de periódicos y revistas de dos continentes.

La vocación latinoamericanista de Selser tiene su historia. La Reforma Universitaria, que se inició en la Universidad Nacional de Córdoba en 1918, se dio desde sus inicios un signo continental. "Las resonancias del corazón no nos engañan, dice su Manifiesto Liminar, estamos viviendo una hora americana". Se trataba, en términos bien explícitos, de reavivar el fuego de la nacionalidad continental, encendido por Bolívar y los hombres de la independencia, frente al avance de la política imperial de Estados Unidos, que invadía territorios, oprimía pueblos latinoamericanos e instalaba en el poder a tiranos grotescos y sangrientos. La Reforma de Córdoba fue la voz de una generación joven que se expresaba preponderantemente por el vehículo de periódicos juveniles que



daban la vuelta al continente. Palacios fue uno de los inspiradores y portavoces de la Reforma Universitaria y él llevó el nuevo mensaje personalmente a varios países sudamericanos.

Esa corriente de ideas tuvo expresiones múltiples y destinos muy variados, pero donde prendió fue una activa escuela de latinoamericanismo.

Había, pues, una antigua estela de pensamiento continental que alcanzó a Gregorio Selser y que éste recibió con entusiasmo.

Con sobriedad y elocuencia, la expresión latinoamericanista de Selser convencía por el cúmulo

de datos precisos que utilizaba y el acento de sinceridad con que los transmitía. No había en esto la menor afectación, ni en su estilo literario ni en la clara prosa didáctica en su función docente.

Hablar de Gregorio Selser es también mencionar a Marta, su esposa y colaboradora. Ambos formaban un sólido e integrado equipo de trabajo. No se concibe la obra de Gregorio sin la participación de Marta. Conviene recordarlo porque es de estricta justicia y porque, tratándose de Selser, la justicia es fuente de inspiración y norma de la existencia personal.